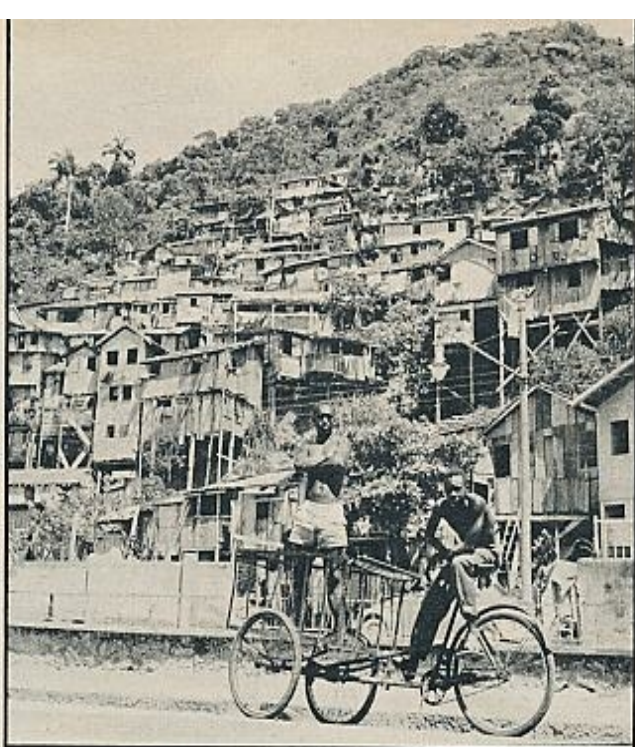


Brasil

de Vargas a Câmara, 30 años de frustración



En el juicio final todos seremos juzgados por el trato que hayamos dado a Cristo, a Cristo en la persona de quienes tienen hambre, sed y están sucios, oprimidos y ofendidos. (Monseñor Helder Câmara, obispo de Recife y Olinda, al tomar posesión de su sede, el 13 de abril de 1964.)

I

Los días del Carnaval, los chicos de las favelas bajan a la deslumbrante avenida Atlántica —salpicada de cafeterías, clubs nocturnos y grandes hoteles—, cuyo trazado corre paralelo a las playas de Copacabana. Y cantan, mostrando la blancura de sus dientes por entre la rieta máscara de los desconchados labios:

Río de Janeiro, ciudad de día no hay agua, [licias; de noche no hay alumbrado.

El rítmico golpeteo de los tambores modela, como si se tratara de un cincel construido con elementos musicales, los movimientos de los cimbreantes cuerpos embadurnados de pintura. Las voces vuelven a alzarse, para solaz de brasileños que asienten sonrientemente y de un puñado de turistas norteamericanos (que no entienden nada y sólo hacen caso a lo que ven sus ojos):

¡Oiga, señor presidente, deme un [poco de dinero, deme un poco de dinero! Pero no lo dio, no quiso darlo. Ahora, todos juntos, rebelémonos [nos todos y dejémonos las barbas hasta [que sean largas, porque la Alianza no progresa [sin esas barbas.

Ya se ve: no hizo falta que Nixon ocupara la Casa Blanca para que la Alianza para el Progreso —aquella panacea de dólares que no llegaron y de cinicas sonrisas estereotipadas— fuese clausurada. Una noche cualquiera, de un Carnaval

del que soy testigo, unos chiquillos —morenos, flacos, de ojos hundidos y cuerpos pintarrajeados—, que golpeaban frenéticamente sus tambores, resolvieron darle por concluida.

Piensas que la Alianza son dólares. No, la Alianza no son dólares, no.

La Alianza es el Che Guevara predicando revolución e infortunio.

II

¡Leique!, ¡leique!, el grito del capanga va resonando... noche oscura que precede al alba de la justicia que no llegó...

No importa que la canción sea argentina. El motivo es el mismo: la explotación de los trabajadores de la tierra, el látigo del capataz (capanga) —que en Brasil se llama igual— golpeando la doblada espalda del peón; el «patrón» ejerciendo su derecho de pernada obsesivamente; niños de vientres abultados, policías «bravos» para las cuales no hay más ley que el capricho de sus jefezuelos...

Todo eso es, socialmente, el ser-tao, la mítica tierra de los «canga-ceiros», donde se sobreponen paisajes disímiles, como si se quisieran aniquilar sordamente, con uno de esos grandes dramas silenciosos de la Naturaleza. Allí, la caatinga (bosque blanco), su crónica escasez de agua y típica vegetación de cactus, compite con las zonas pobladas de palmerales, atravesada por valles cultivados. Y los dos con la región más agreste aún, en la que sólo sobreviven arbustos de retorcidas formas que absorben ávidamente el agua de los pocos cursos que afloran a la resquebrajada piel del suelo.

Tierra del maíz y del hambre perenne, donde ningún hombre se atreve a soñar con el alba de la justicia, no se sabe qué definición le va mejor: si aquella de Josué

de Castro, quien afirmó que se trataba de «novecientos mil kilómetros cuadrados de sufrimiento», o la otra, de Guimarães Rosa: «Un mundo tan vasto que solamente la miseria puede habitarlo sin miedo a ser engullida por él».

III

Mocambo, mangle, cangrejos, hombres. Cerca de un millón de seres humanos se apiñan en las chozas, sostenidas sobre el barroso nivel de las aguas gracias a los zancos sobre las que se apoyan. Fuera de allí, Recife es una lujuriosa ciudad tropical. Sus exclusivas playas, de dorada y fina arena, sobre la que retozan los millonarios y sus hijos, están orladas de altas palmeras cocoteras. En el centro comercial, durante la época de cosecha de la caña de azúcar, los Bancos no cierran en días enteros. Noche y día, día y noche, sus ventanillas se convierten en mares de dinero. Los billetes sucios, viejos, malolientes, pasan de los escuálidos bolsillos de los pobres a las cuentas corrientes de los comerciantes y de éstas a las de los empresarios de la tierra y de los ingenios. Por las calles, muchachas de atractivas figuras entalladas y lánguida mirada invitan a que se las acompañe. Mientras sus padres y hermanos se doblan sobre la tierra, ellas ejercen la profesión más antigua del mundo sin pensar en la redención. Luego, a la noche, vuelven al mocambo, a meterse en la húmeda y pestifera atmósfera de la miserable choza. En otras miles de «viviendas» similares, familias de hasta ocho miembros se arreglan como pueden y olvidan, durante el sueño, que se les llama la gente del cangrejo.

Una computadora podría procesar la ecuación y arribar al resultado preciso:

lodo + orina + excrementos + residuos del mar = cangrejo hombres

Se trata del ciclo vital biológico del «mangle»: allí todo ha sido, es o será cangrejo. El cangrejo es lo todo. Único alimento (o alimento sustancial) y horizonte de vida, de una vida que, como su caminar, marcha hacia atrás, retrocediendo permanentemente, hundiéndose en el barro. Los hombres, las mujeres, los niños... todos son barro. Y no bíblico, precisamente. Se trata del barro de un sistema socio-político capaz de anegar la dignidad humana hasta reducirla a la condición de carne de cangrejo.

IV

No puede haber modificación en los niveles de vida de los campesinos brasileños sin un cambio político correspondiente. Y posteriormente: no puede haber verdadera transformación política sin la presión y la participación activa de los campesinos brasileños. (Francisco Julião; discurso en Recife, octubre 1941.)

Hay un elemento «mágico» sustancial en la historia de la economía brasileña. Pero el aporte no corresponde, como pudiera pensarse, a la población negra del país. Antes bien lo es de las clases blancas dominadoras del sistema. Ese elemento mágico ha sido ávidamente buscado por los empresarios, el modo de convertir al monocultivo en el Eldorado de sus apetencias.

Todo comenzó con la explotación de la madera del árbol que da nombre al país: el pau-brasil, productor de una tintura de color rojo. A esta explotación del siglo XVI —a cargo de una potencia colonialista subdesarrollada— siguió la del azúcar, en el XVII; el tabaco, en el siglo siguiente; luego, el algodón en el XIX (a principios) y el café (a últimos), sin olvidarnos del «hebea brasiliensis», el mítico árbol del caucho, al cual se le explotó en una etapa (hasta que los ingleses enviaron su semilla a la deriva

Por Raul Jassen

del curso del Amazonas y lo sembraron en sus posesiones asiáticas), junto con el café. El ciclo fue siempre igual: Brasil producía para países cuyos sistemas económicos necesitaban materias primas baratas. Cuando esa producción alcanzaba su mayor potenciación, los precios en el mercado mundial variaban sustancialmente, cayendo de modo vertical. Entonces, cuando se volvía no rentable, se abandonaba el correspondiente monocultivo y se caía en el siguiente. Así ocurrió cuando el azúcar brasileño —del cual se había proveído Occidente durante el XVIII— cedió el puesto al algodón, destinado a las factorías de Manchester y Nueva Orleans. Cuanto más algodón arrancaba la mano de obra esclava a la tierra, más caían los precios... hasta que la nueva quimera se esfumó ante la concreta realidad de la lana, con su producción sensiblemente más barata y de mejor calidad.

Políticamente, semejante situación se traduce en la existencia de una clase latifundista ligada a las finanzas internacionales (por lo general de las de Holanda e Inglaterra), a la cual no le preocupa, ni mucho ni poco, el establecimiento de una industria capaz de aprovechar la riqueza del suelo en el propio territorio nacional. Esa «incapacidad» para desarrollar una industria de gran relieve, de la cual también participa la clase de los comerciantes, determina el atraso tecnológico que aún ahora es evidente en el país. Al mismo tiempo, se genera el evidente antagonismo entre oligarquía y clases populares (obrera y media), continuación del existente en los siglos anteriores, entre el feudalismo dominante y el pueblo sobre quien recaía el peso de todo el sistema.

Por su parte, el sistema comenzó a estructurarse desde los tiempos de la conquista portuguesa. En 1532 se crearon las capitánías, origen de los primeros latifundios, también llamados sesmarias. Posteriormente se convertirían en fazendas, en cuyos límites se encuentran los sitios que, a su vez, se subdividen en chácaras. Todo un modelo de explotación de las masas campesinas que concluye en el «barracão» (similar a las tiendas de raya de México), el almacén de aprovisionamiento obligatorio de todos los peones de la «fazenda», quienes, además, debido a que no ganan sus jornales en cruzeiros oficiales, sino en una moneda de uso interno, pagan precios superlativos por los alimentos y otros artículos de primera necesidad.

Esta terrible situación social, esta honda huella grabada por la injusticia en el alma brasileña, está rotundamente reflejada en el casi increíble hecho de que, sobre una población campesina de cuarenta y

cinco millones de seres humanos (total del país: 72.000.000 aproximadamente), sean sólo ciento cincuenta mil los propietarios de las tres cuartas partes de las tierras cultivables (en el tristemente célebre Nordeste, el dos por ciento de los «patrones» reúnen el cincuenta por ciento). No hay, pues, por qué extrañarse sobre el fulgurante éxito de las Ligas Campesinas de Julião, el pragmático —que no marxista— líder de tantos millones de hambrientos, sucios, sedientos, oprimidos y ofendidos miembros del pueblo del Brasil. En ese áspero ambiente donde la vida tiene el amargo sabor de un destino fatalista, la tuberculosis estalla en los pulmones de más del treinta y uno por ciento del censo campesino

aun en tiempos de «normalidad democrática», antes de que los militares decidiesen que «ya estaba bien de tanta libertad», bastaba para mantener a semejantes masas alejadas de las decisiones políticas más trascendentes: no podían votar por ser analfabetas.

V

Todo brasileño digno de este nombre debe tener por lo menos una gota de sangre negra, razón por la cual el país no debe considerarse blanco, sino negro. El color negro es más hermoso que el blanco... (Gueirre Ramos.)

Sin el trabajo servil, el Brasil de hoy no existiría. Probablemente



Monseñor Helder Câmara es el auténtico sucesor de Julião, el líder más débil y paradójicamente el más fuerte de todos cuantos se oponen al régimen. El obispo de Recife comenzó renunciando a las asfixiantes formas externas de su misión para enfundarse en el sayal de su apostolado, llevado con toda eficacia y rigor.

y la mortalidad infantil alcanza, en el Estado de Pernambuco, el rojo tope del cincuenta-sesenta por ciento, mientras que el setenta por ciento de las gentes no sabe leer ni escribir absolutamente. Lo cual,

tampoco existirían muchos usos y costumbres —que debieran figurar en una «historia de las malas costumbres»— extendidos hasta ahora mismo, como lo son el hambre crónica de los campesinos y

la existencia de un latifundio tan brutal como los ya descritos. Se calcula que al final del siglo XVI existían, en territorio controlado por los portugueses, unos ciento veinte ingenios azucareros que proveían del producto a casi toda Europa, compitiendo ventajosamente con Venecia, en cuyos límites estaba prohibida la emigración de técnicos en la elaboración del azúcar, así como la exportación de las maquinarias que permitían hacer de su producto el más codiciado (también el más caro) de todos los conocidos. Los portugueses, no obstante su atraso tecnológico, lograron montar establecimientos para la fabricación de máquinas de un nivel técnico más que aceptable. Esos ingenios hicieron el camino de América en los mismos barcos esclavistas que llevaron al suelo brasileño cerca de dos millones de trabajadores forzados de color, provenientes de la Costa de los Esclavos —actual Nigeria—, especialmente de la etnia yoruba, que es la predominante culturalmente entre los negros del país.

Esos ciento veinte establecimientos azucareros —de un valor medio de 15.000 libras esterlinas cada uno— contaban, ya para entonces, con unos 20.000 esclavos. A partir de aquí, los economistas echan sus cuentas, calculando que el coste aproximado de un negro era de unas veinte libras, lo cual convertía a esos desdichados en el veinte por ciento de capital fijo de la empresa, teniendo en cuenta que un esclavo duraba de siete a ocho años en plena producción. Después de lo cual moría de agotamiento o, convenientemente disfrazado (más o menos como solían hacer los gitanos con sus borricos), era revendido en lugares remotos a los de su «residencia» habitual. De los dos millones y medio de libras esterlinas exportadas anualmente —se trata de un cálculo promedio— durante el siglo citado, el sesenta por ciento constituía la ganancia líquida de las empresas, de ese puñado de treinta mil blancos establecidos en el Brasil. Las ganancias fueron incrementadas notablemente cuando los holandeses comenzaron a participar en la exportación y posterior distribución del producto en Europa (para lo cual resultaban insustituibles). De Nassau solamente se llegó a exportar, en 1639, 1.200.000 libras esterlinas.

Posteriormente, la mano de obra esclava fue utilizada en la minería, los cultivos de algodón, café y la explotación del caucho. Brasil, ya convertido en imperio y transformado en república, fue el último país del mundo en admitir la abolición del tráfico de esclavos. Los historiadores han contabilizado rebeliones de esos esclavos en los años

de Vargas a Câmara, 30 años de frustración

1807, 1809, 1813, 1826, 1827, 1828, 1830 y 1835. La legislación vigente mantuvo una total separación entre los estamentos que sufrían los rigores de la presencia blanca: indios y negros, efectivamente, no podían mantener vínculos de amistad y el casamiento entre ellos estaba rigurosamente prohibido. Luego, en numerosas ocasiones, los primeros resultaron utilizados para reprimir algunas de las revueltas citadas. U otras, como la del Quilombo del Palmarés, en cuyo transcurso fueron miles los negros cimarrones muertos. Pero lo negro, transformado posteriormente en el ideal de la negritud, ha influido decididamente en el espíritu brasileño, contribuyendo por otra parte, a pesar de las prohibiciones, a la formación del mestizo, que es el grupo étnico predominante en el país. Por supuesto, el aporte de la negritud a la cultura brasileña no se refleja solamente en la danza y en la canción, en esas costumbres que tanto llaman la atención del extranjero no americano, como son la macumba, el vudú y el espiritismo de Umbanda (un espiritismo básicamente negro, con proposiciones de reivindicación social); la negritud también condiciona la lucha social, a la cual ha impuesto cierto tono fatalista, de la cual resulta problemático desprenderse. Por otra parte, existen fuertes núcleos de intelectuales negros y mestizos opuestos a la miscegenación. Para ellos, lo negro es de mayor importancia que lo blanco. Y reclaman no una porción, sino todo el país como el ámbito histórico en el cual deben cumplir su destino de negros y de mulatos. Racistas al revés, fundamentan su actitud en el *ethos* cultural yoruba, que es el más antiguo de sus ancestros, planteando una disyuntiva fundamental: ¿cuál será el destino final del Brasil? Aunque se habla poco de este hecho, lo cierto es que muchos de los problemas de U.S.A. con sus negros los tiene también el país sudamericano. Sólo que debido a las condiciones de su subdesarrollo, la discriminación, al no alcanzar a núcleos urbanos importantes, queda diluida en la vasta extensión de sus campos.

VI

El gobierno de Getúlio Vargas, a pesar de restringir el poder gobernante a un círculo muy limitado, que comprendía las fuerzas armadas, promovió el sentimiento nacional y llevó las clases trabajadoras a la palestra política. (José Honorio Rodrigues: «The Foundations of Brazil's Foreign Policy».)

Hacia 1930, la «revolución liberal» había terminado con el predominio de las oligarquías políticas de San Pablo y abrió paso a una ampliación decidida de las bases políticas que habían hecho irrupción en la Argentina de Hipólito

Irigoyen quince años atrás. Sin embargo, la politización brasileña estaba reducida al exclusivo ámbito de las ciudades.

En 1933, cuando, después de tres años de dictadura, Getúlio Vargas convoca la Asamblea Constitucional (luego de aplastar diversos levantamientos secundarios y uno de mucho volumen, en la discolia San Pablo), otorga al Brasil el instrumento de una nueva Constitución.

El flamante texto legal introducía la representación corporativa en la Cámara de Diputados (a más de mantener las tradicionales de los partidos políticos) y otorgaba el voto a las mujeres. Pero ambas modificaciones no incidieron de modo incisivo en el panorama político del país, agitado por cuestiones mucho más trascendentes. Producido el levantamiento del Teniente Prestes, Vargas lo redujo y condenó a su jefe a diez años de cárcel. En 1937, para enfrentarse con el «integralismo» de Plinio Salgado, lanza el Estado Novo. Este implica algo más que la anulación del sistema federal ante el Presidente de la República y la supresión de los partidos políticos. Al fin y al cabo, los Estados se habían convertido en verdaderas cuevas secesionistas y los segundos eran pandillas dedicadas a todo tipo de exacciones más o menos honorables, más o menos legalizadas. El hecho básico de esta primera parte de la vida de Vargas como conductor de su pueblo estriba en que fue capaz de galvanizarlo tras consignas liberadoras típicamente sociales. Aunque poco fue lo que pudo hacer materialmente por la mejora de los campesinos y trabajadores urbanos (cuya influencia se verá más tarde, cuando se funde el partido Trabalhista Brasileiro), el verbo del riograndense arrastró a las masas, formándose el primer movimiento de opinión verdaderamente representativo del país. Para ser «vanguardista» no era necesario votar. Bastaba con asomarse al panorama de la esperanza en un destino mejor. Hasta el último de los campesinos lo comprendió así. Los jefes políticos «democráticos» —culpables en buena medida de la postración del país— todavía hoy siguen acusando al «fascista» Vargas, cargando en su cuenta todos los tópicos en boga en los años de la segunda guerra mundial... aun sin tener en cuenta que el hombre a quien Lacerda empujó al suicidio había alineado a su país en la causa de los aliados de entonces (y seguramente de ahora).

El embajador norteamericano en Río de Janeiro —un arquetípico mister Braden— patrocinó el golpe militar que, en 1945, puso fin al gobierno varguista. Tras un paréntesis se convocaron nuevas elecciones, otra vez de regreso en el liberalismo, que sólo sirvieron para demostrar la popularidad del derrocado: venció el partido social demócrata fundado por Vargas, cuyo candidato era el general Dutra. Ha-

cía 1950, el caudillo popular volvió a la Presidencia apoyándose en otro partido, también fundado por él, el P.T.B.

Fueron cuatro años de una continuada lucha, por parte del Presidente, empeñado en industrializar al país (Volta Redonda, su creación, es la mayor acería de América) e incorporar a las masas de trabajadores urbanos y campesinos —sobre los que se apoyaba— a la decidida acción política. La oposición, anquilosada sobre viejos prejuicios e integrada generalmente por dirigentes corruptos, cuyo poder no residía más que en las grandes finanzas internacionales, se lo impidió. Carlos Lacerda, ese demiurgo de la política brasileña, fue la cabeza visible de la conspiración antivarguista. Al fin, el Presidente, acorralado, se rindió. Su suicidio fue un hecho mucho más dramático que el asesinato de John F. Kennedy, porque Vargas tuvo tiempo de dejar su testamento político y porque esencialmente esperaba, con esa suprema decisión, dotar al pueblo de un sólido sentimiento nacional y de liberación social. Su suicidio aparece, al cabo de los años, como una significativa revolución de un solo tiro y de una sola víctima.

¿Lo logró? La respuesta no hay que buscarla en sus sucesores. Ni Kubitschek, ni Quadros, ni «Jango» Goulart, el «discípulo», tienen su grandeza de alma y esa innata vocación de sacrificio personal, de entrega a la causa del país que se advierte en muchas épocas de su vida, pero particularmente en el momento en que apoya el revólver sobre su sien.

Ese Brasil nuevo, sobre el que avanza el futuro, ha encontrado el líder que necesitaba y a quien se puede considerar como el auténtico sucesor de Julião: es monseñor Helder Câmara, el más débil y paradójicamente el más fuerte de todos cuantos se oponen al régimen.

VII

El obispo de Recife ha dicho: «... porque es preciso reconocer que el socialismo no se construirá jamás basándose apenas en la fatalidad ciega de una historia concebida mecánicamente. El socialismo es una opción de la libre voluntad creadora del hombre. Y para realizar esta libre opción, el Evangelio fue y continúa siendo un impulso de inmensa eficacia».

He aquí la síntesis de ese Brasil en revolución impulsado por un príncipe de la Iglesia que comenzó renunciando a las asfixiantes formas externas de su misión, un hombre que dejó la púrpura para enfundarse en el sayal de su apostolado, llevado con toda eficacia y rigor.

Su doctrina de la no violencia, de la resistencia activa, se adapta perfectamente a la psicología de la mayor parte del pueblo brasileño,

especialmente de los sectores campesinos del Nordeste y a los de todo el país.

«Che Guevara de sotana» lo han llamado a Dom Helder, pero él ha procurado, en cada ocasión propicia, poner la debida distancia entre el pensamiento y la acción del guerrillero muerto —cuyo valor como ejemplo resulta indudable— y la del movimiento de reivindicación que él acaudilla. Sabe que la revolución social y cristiana no llegará por el fácil atajo de la demagogia ni los intrincados senderos de la mentira. Quizá por esta cálida sinceridad —de la cual está necesitada toda América—, prodigada entre todos, completamente alejada del paternalismo conservador de algunos sectores de la Iglesia, es que el obispo cuenta, cada día, con mayor número de seguidores.

Pero el obispo no basa su acción revolucionaria en la aplicación de una estrategia más o menos idealista. Tiene en cuenta los siguientes factores esenciales de su país (que dejó para el final de propio intento):

1.º Brasil no es China por muchas «coincidencias» que le querrán encontrar los grupos interesados (obviamente, los maoístas); la guerrilla no se dará —o al menos se dará en mucha menor escala— como en la nación asiática, por la simple razón de que el espíritu de la gente es completamente opuesto y, por lo tanto, no admitirá la rígida presión de una maquinaria partidista como la comunista.

2.º El movimiento sindical carece de madurez. La prueba fundamental ha sido dada en estos últimos años, desde la caída de «Jango».

3.º En cuanto a las clases medias, cabe señalar que, luego de su incorporación a la vida política (producida, como vimos, por el varguismo), se ha entregado a un odioso disfrute de los placeres que su nueva posición le acarreo. Ferocemente discriminatoria, reiteradamente se ha vuelto contra los pobres, ansiosa de disfrutar de todas las comodidades que la sociedad de consumo otorga a la parte de los pueblos que se avienen a enroscarse en sus filas.

¿Que sus métodos no sirven para realizar la revolución ya mismo? Admitido. Pero, ¿qué otra fuerza la puede llevar a cabo en el Brasil? Y además —ya que no hay dos sin tres, según el dicho popular—, permítaseme hacer una última pregunta de importancia capital: ¿es que la revolución social y cristiana, ésa que quiere hacer del hombre la auténtica imagen de Dios, liberándolo de las cargas de todo materialismo para que perfeccione sus potencias espirituales y desarrolle su capacidad creadora en todos los niveles, puede ser el fruto de una acción afortunada realizada por un puñado de dirigentes solitarios en el espacio de poco tiempo? ■ R. J.